

NOTAS EDITORIALES

Palabras del Señor General Hernando Currea Cubides, Ministro de Defensa Nacional, para la imposición de la Condecoración "ORDEN DE MAYO" en la categoría de Gran Cruz de la República Argentina.

Por causa de noble y elegante deferencia del Gobierno de la República Argentina, la suerte y una feliz circunstancia han querido señalarnos con honor al señor General Abraham Varón Valencia, Comandante General de las Fuerzas Militares y a mí, para recibir por tan digno conducto y en tan severo acto, la Condecoración "Orden de Mayo al Mérito Militar".

Es esta una demostración más de la gentileza y del señorío de los hermanos de la pampa meridional; es este otro testimonio de la amistosa y tradicional actitud del gaucho altivo; es esta una inolvidable expresión de simpatía y de acercamiento interamericano que inspira y vivifica.

Con verdadera emoción, con profundo respeto, recibimos tan valiosa presea y la aceptamos con inocultable modestia porque interpretamos y creemos que es un homenaje que se rinde por nuestro intermedio a las grandiosas Fuerzas Militares de Colombia. Más grande honor aún, por ser los afortunados representantes de tan cara Institución. Eso nos compromete mucho más, Excelentísimo señor. Además, sus generosas y elocuentes palabras, inmerecidas en cuanto a mí se refieren, hacen más significativa esta ceremonia y obligan más nuestro sincero reconocimiento por la bondad y la fineza de la expresión.

En nombre de las Armas de Colombia y en nombre del señor Comandante General, agradezco sinceramente al Gobierno de la hermana República Argentina, la condecoración que en la categoría de Gran Cruz, se nos ha otorgado; ella constituye invaluable distinción en nuestras vidas de

soldados, honra sobremanera mi existencia y acrecienta nuestra gratitud y admiración por vuestro pueblo; por ese pueblo que forjado bajo el fulgor de la espada victoriosa de su ilustre Libertador, General José de San Martín, hoy se levanta como símbolo del progreso económico, científico, cultural y social de la América Latina.

Porque en verdad, desde el extremo austral del continente americano, la Argentina ha sido y es una de sus grandes esperanzas. Recientemente, el señor Presidente de Colombia, con motivo de la grata visita del señor Presidente Lanusse, decía, así: "Argentina es estación de vanguardia en el concierto de América ya que ha tenido y tiene con más razón en el presente una tarea y una misión que debe proyectarse más allá de sus fronteras y por eso nos complace verla formando parte de la vocación de América como uno de los centros vitales, como protagonista de sus esperanzas y como eje fundamental de sus decisiones".

Quizá por ello, un día proféticamente cantó Rubén Darío, lleno de júbilo:

¡Hay en la tierra una Argentina!
He aquí la región del Dorado
He aquí el paraíso terrestre
He aquí la ventura esperada!

Más lo admirable desde el punto de vista colombiano, es que a pesar de estar ubicados los dos Estados en los extremos de Suramérica, sus relaciones reciprocas siempre han sido más que cordiales, llenas de buena fe e íntegra compenetración en busca de una mejor suerte para Latinoamérica. Grandes y nobles ideales nos acercan y entre ellos el ideal de unidad americana que importan y que tanto significa en cuanto se relaciona con el resto del mundo. Además, ese ideal nos cohesiona día a día, porque somos conscientes que una América Latina, unida significará una modificación substancial de la realidad mundial, para bien de todos. Ese propósito común, que a toda costa debemos alcanzar, desechando egoísmo y fomentando comprensión y entendimiento significará nada menos que la aparición de una nueva voz, de una nueva fuerza constituida por la magnitud de nuestro conjunto latinoamericano. Será de trascendencia el impacto de la aparición de una entidad de naciones con opinión común, con pujanza, con vigor de juventud, con considerables recursos humanos y naturales, con aliento para alzar su voz de sensatez, de paz, de convivencia y de amistad.

Desde luego, tamaña identificación sentimental no ha sido producto del azar o del oportunismo en el ámbito de

las relaciones internacionales; surgió con el nacimiento soberano de los dos pueblos en la feliz época en que sus héroes enlazaron el destino iberoamericano en pos de su independencia.

Uno de los mejores batallones colombianos, el Numancia, sirvió a órdenes del General José de San Martín, en la campaña del Perú, y otro afamado cuerpo argentino, el Escuadrón de Granaderos a Caballo de los Andes, peleó al mando del Mariscal Antonio José de Sucre, en la gloriosa jornada de Pichincha.

Y qué no decir del inmortal abrazo de nuestros dos grandes Libertadores en Guayaquil, cuya evocación sesquicentennial acabamos de celebrar? Tal vez no ha habido un ejemplo más significativo y digno del espíritu interamericano. Porque aun cuando poco logró saberse de aquella entrevista, dada la magnitud genial de sus protagonistas y el curso de los acontecimientos subsiguientes, a orillas del Guayas debió trazarse el camino de las nuevas repúblicas americanas. Otros hombres menos generosos y más ambiciosos, habrían originado controversias de incalculables repercusiones; pero los Generales Simón Bolívar y José de San Martín, hombres grandes entre los grandes, sin más árbitros que sus propios corazones y sin otro protocolo que su común hidalguía castellana, resolvieron el problema del liderazgo político-militar del momento y la proyección hispanoamericana, legando a la posteridad un modelo típico de lealtad e irradiando una grandeza moral insuperable.

Prueba fidedigna del espíritu de la entrevista de Guayaquil, fue la famosa jornada de Ayacucho, que selló la libertad del Nuevo Mundo; porque en aquel momento estelar de nuestra historia, compartieron la ansiedad de la batalla, el heroísmo de la acción y la apoteosis del triunfo, desde el fiero y curtido jinete de nuestros Llanos Orientales, acá en el norte, que había consagrado su fama con las vencedoras lanzas del Pantano de Vargas y las Queseras del Medio, hasta el bizarro centauro de la pampa gaucha, allá en el sur, agigantado con las victorias de Chacabuco y Maipú; desde el bravo infante colombiano, aquel de los laureles en Boyacá y Carabobo, hasta el novel indígena descendiente de los incas, tan manso y paciente con el rebaño como intrépido con las armas. Todos, unidos en su desesperada lucha por la independencia y la libertad, vencieron las acechanzas y calamidades de la naturaleza opuesta y rindieron al veterano de Europa, cuajado de experiencia y cansado de Historia, que se oponía a retirar el grillo del colonialismo.

Es cierto que logrado aquel objetivo común, Argentina y Colombia tomaron cada una su propio rumbo; pero los

sentimientos de las dos naciones continuaron identificados en su esencia, aun cuando atemperados por la geografía; hasta llegar al presente, en que barridas las distancias por las comunicaciones modernas, emerge ese viejo afecto, revitalizado por una comunidad de intereses. La música, el deporte, la cultura, el intercambio comercial y la exclusión de visa turística, son palpables demostraciones del nuevo espíritu de solidaridad colombo-argentina.

Tan significativa y ancestral amistad, ha tenido su mejor expresión este año, justamente el del sesquicentenario de la batalla de Pichincha y del abrazo de Bolívar y San Martín en Guayaquil con la visita del ilustre Presidente, General Alejandro Lanusse, quien al llegar a esta ciudad expresó, como Jefe del Estado argentino, su profunda emoción de pisar la tierra hermana de Colombia.

"Hay un largo pasado que nos une, dijo entonces el insigne mandatario, y hay un presente pleno de posibilidades, de fecunda colaboración entre Argentina y Colombia. En una época en que la distancia geográfica ha sido prácticamente superada, es más que nunca necesario establecer firmes bases que hagan posible el acercamiento fraternal entre los pueblos de la América Latina".

Excelentísimo señor Embajador:

Este acto de hoy, celebrado en el calor de este noble y acogedor hogar argentino, acto severo y elegante, es significativo de la amistad de las Fuerzas Militares de nuestras dos naciones, es más, de nuestros pueblos.

Os encarezco, distinguido señor, transmitir al ilustre Gobierno de la República Argentina, nuestro sincero saludo de agradecimiento por tan señalada distinción; os encarezco a la vez ser portador de la firme promesa de llevar en nuestros pechos de soldados de Colombia, la condecoración "ORDEN DE MAYO", con honor y con dignidad. Haremos lo que esté a nuestro alcance para fortalecer las relaciones y el intercambio entre nuestras dos instituciones castrenses.

Gracias, señor Embajador, por la gala de vuestras palabras que recibimos como estímulo para llegarlas a merecer con el tiempo y con esfuerzo; esas nobles palabras serán como un acicate en nuestro desempeño como Generales de Colombia y como soldados de América.